

Claves para la Reorganización de los Partidos.



Tiempo de lectura: 5 min.

Sáb, 25/02/2017 - 20:28

El CNE “abrió” un oscuro y tortuoso proceso para que los partidos políticos relegitimen a sus militantes. No sé cuántos y cuáles de los partidos participarán en el proceso, ni entraré en la discusión de si deben hacerlo o no, pero sí creo que es una buena oportunidad para reflexionar acerca de cuáles deben ser los parámetros para una reorganización profunda de los partidos políticos.

Comencemos por el tema de la moral. Si bien la política no tiene una "moral", pues ésta es del ámbito de la persona, hay la moral del político que actúa en

representación de los ciudadanos. Siguiendo algunos criterios esbozados por Fernando Savater –*Ética, Política y Ciudadanía, Grijalbo, 1998*– hay obligaciones que pueden ser propias de la actividad política, y como tal tenemos derecho a reclamar su cumplimiento. Estas pueden constituir un programa, mínimo, de postulados que deben estar presentes en cualquier organización política en las que estemos dispuestos a participar; por ejemplo, la transparencia en el actuar y en las funciones de gestión pública; la correcta separación entre los legítimos fines privados del político, los fines del partido y los fines del Estado; la conciencia en el político de su función pública, como una función educativa o de modelaje hacia la sociedad.

Establecidos estos puntos –éticos– fundamentales, es válido que nos planteemos otros principios: ¿Cómo hacemos para que nuestro mensaje le llegue a las grandes mayorías del país? ¿Cómo hacemos para que el pueblo entienda que nuestro mensaje es el suyo y que el desarrollo capitalista que queremos para el país, es lo mejor para él, y no solo para nosotros? Ese es nuestro verdadero reto, que todos nos sintamos incluidos, convocados, y compartiendo el mensaje como propio.

Para ello es preciso construir una organización moderna, popular, policlasista e incluyente y que se plantee claramente la toma del poder sobre la base de un programa explícito, y un compromiso personal y colectivo con ese programa que represente las aspiraciones de todos. Y aunque surge entonces la pregunta de muchos: ¿Cuál programa?, por favor no caigamos en esa trampa; el programa, al menos sus metas globales están claras desde hace mucho tiempo y explicitado por varios de los candidatos presidenciales que hemos tenido en la oposición para oponernos a este régimen. (Ver: *La oposición no tiene una propuesta. ND. 01 agosto 2015*). El problema siempre ha sido cómo hacemos que llegue a todos los venezolanos; cómo lo convertimos en postulados compartidos y en ideales de lucha común.

En eso tiene que ver mucho la organización que propongamos y en eso coincido con muchos analistas políticos y dirigentes de partido que desde 1999 han venido hablando sobre el tema y que podríamos resumir en los siguientes lineamientos generales o principios iluminadores para la acción:

- Deben ser absoluta y radicalmente democráticos, en sus formas de organización y tomas de decisión. Que no saquen al ciudadano de su medio, de su entorno y comunidad concreta, en donde se desempeña su trabajo, su vida y su actividad.

- Que utilicen los modernos medios de difusión y discusión, en donde podemos jugar un gran papel nosotros, intelectuales y profesionales, conocedores de técnicas gerenciales y expertos en la utilización de modernos medios de difusión y procesamiento de la información.
- Deben ser policlasistas, y entonces es crucial el concepto de clase que tengamos, y este es un punto que todavía no hemos discutido a fondo.
- Deben partir de un proyecto o programa concreto, explícito y compartido de modificación y transformación de la sociedad venezolana, pues como bien decía el “viejo Marx” –por citar un autor de moda hoy día– en sus tesis sobre Feurbach, "...de lo que se trata no es de comprender ni explicar el mundo, sino de transformarlo".
- Deben estar imbuidos de una clara concepción y aceptación de que la acción y participación concreta de los ciudadanos en los procesos, es imprescindible; de allí la importancia de que la llamada sociedad civil se decida finalmente a participar en la política activa de manera más organizada.

Esto implica una organización diferente a la de partidos de masas, policlasistas, como ahora los conocemos y con los que contamos; lo cual no significa que nos planteemos una organización parecida a los "partidos de cuadros", siguiendo la jerga leninista. Ya en otros artículos me he referido al tema y he esbozado ejemplos de lo que podría ser una moderna organización política, más acorde con los tiempos que vivimos y que es ya adoptada por los partidos modernos en muchos países. (*Partidos Políticos y Ciudadanos, ND, 4 de septiembre 2015; Organizando al Ciudadano, ND, 03 de octubre de 2015*)

Lo complicado y complejo es de qué manera concreta se logra esto. En esta materia, escuche hace años de una buena amiga –Carlota Pérez– un ejemplo que lo explica de una manera contundente. Algunos lo pueden interpretar como una postura pragmática, si nos quedamos únicamente en el análisis del ejemplo. Pero para mí no es una postura pragmática, para mí es profundamente "liberal" y competitiva. La descripción compara la situación actual con un inmenso charco, lleno de restos de objetos que flotan, latas, envases plásticos, pedazos de cartón y papel, etc.; alrededor del charco estamos todos, incapaces de ponernos de acuerdo y armados de un insignificante palito para tratar de recoger todos los objetos que flotan; dado que no nos ponemos de acuerdo para actuar juntos, de lo que se trata es de apelar

a la acción individual –pero acción al fin– y que cada uno meta el palito en el charco y comience a hacer remolinos, para que el agua se mueva y así atraer los objetos que flotan. En el ejemplo no se teme a la competencia o a caer en el error de no hacer nada, por el chantaje de "evitar la duplicidad de esfuerzos". Nos dice: hagámoslo, actuemos, movamos el charco, lo más pronto y mejor que podamos, porque al final, el que le dé más duro, mas veces y con mayor constancia, hacia él irán la mayoría de los objetos que flotan, y los demás actores se irán plegando al más exitoso o se irán retirando de la escena.

La unidad es un valor muy importante y hemos comprobado su eficacia, pero si no estamos dispuestos a compartir, recursos, liderazgos, victorias o glorias –aunque sean efímeras–, popularidad, acceso a medios, ideas, no quedara otra alternativa que enfrentarnos al “charco”, cada uno con su palito, como la única opción posible y la certeza de que no hemos aprendido o recibido aun los golpes suficientes.

@Ismael_Perez

25/02/17

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)